

Julio César Jobet

## **Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX**

*(Continuación)*

F. W. Fetter en su obra citada, reproduce una nota del corresponsal de «The Economist» de Londres que comunicó, en abril de 1909, desde Iquique, que 500 obreros habían sido muertos o heridos en los disturbios de diciembre de 1907. El Dr. Julio Valdés Cange afirma en su libro «Sinceridad» que los obreros del salitre en Iquique, exasperados por los abusos, solicitaron respeto para su trabajo y educación para sus hijos, lo que fué estimado un audaz atentado por los magnates y autoridades y «reprimido con el fusilamiento de dos mil de ellos en la Escuela Santa María». Luego, los niños debieron asistir a clases pasando por sobre las enormes costras de sangre, incluso sangre de sus parientes.

Carlos Vicuña dice... «el general Silva Renard hizo funcionar las ametralladoras desembarcadas del O'Higgins esa misma mañana y barrió la plaza y la escuela. Sólo funcionaron un minuto, pero estaba tan apiñada y desprevenida la gente, que

más de setecientas personas, en su mayoría mujeres y niños, murieron bajo la metralla implacable. Fué tal la premura de Silva Renard que unos ocho soldados que habían entrado a la escuela de Santa María a notificar la orden de desalojo no alcanzaron a salir a tiempo y cayeron también bajo las balas» (1).

Esta matanza autorizada por el Presidente Montt formó parte de los beneficios que le otorgara a la clase industrial-salitrera y latifundista. En seguida «permitió una emisión de 30 millones de pesos en billetes primero, y un nuevo aplazamiento de la conversión metálica después»...

Con las emisiones de 1904 y 1906 y las anteriores a esos años, la moneda de curso forzoso llegaba a 150 millones de pesos. Estos hechos indican la torpeza criminal de la política económica de la oligarquía. Estaba determinada exclusivamente por sus intereses clasistas. Sin embargo, no faltaban voces autorizadas, de esa misma oligarquía, que se levantaban de vez en cuando a señalar esta pavorosa realidad y a exponer medidas para atajar los males. Don Enrique Mac-Iver decía en el Senado el 17 de mayo de 1906, «este estado de profunda agitación y excitación de las clases trabajadoras, esta carestía intolerable de la vida, que puede ser indiferente para los que tienen negocios en la Bolsa, ¿no piensan mis honorables colegas que pueden traer envueltas las huelgas futuras, con todas sus consecuencias?... Los que estamos aquí podemos defendernos de la baja de la moneda, los que tienen ganados saben que éstos subirán de valor, los que tienen otros negocios, tienen campo donde reponerse de

---

(1) Según el testimonio de mi padre, Armando Jobet Angevin, que era sub-oficial del Carampangue en ese entonces, calcula que las bajas alcanzaron a 2.000, pues a él le correspondió el primer turno de entrega de cadáveres contando 900. Hombres, mujeres y niños estaban rebanados por las ametralladoras. Entre los incidentes curiosos de esa nefasta jornada destaca el que se relaciona con la negativa de un sargento primero a cargar con su pelotón de lanceros sobre la masa aterrada e indefensa, dando orden de retirada a sus hombres.

las perturbaciones del valor de la moneda; pero los pobres, los que están afuera, los que viven de salarios, esos no tienen medios de defensa; esos son los débiles en la lucha por la vida; esas son las víctimas de esta clase de proyectos».

Esta actitud de Mac-Iver envolvía una rectificación de sus afirmaciones de pocos años antes cuando expresaba que la cuestión social no existía en Chile. Tal como lo expresaba Mac-Iver los magnates no eran afectados por la desvalorización de la moneda sino que ganaban con ella. En 1908 el valor del salitre exportado fué de \$ 233.865,403; el del cobre de \$ 7.073,728 y el del trigo de \$ 12.115,770. Los negocios de la clase privilegiada prosperaban, mientras el pueblo agobiado soportaba una miseria creciente.

5. En estas primeras manifestaciones violentas de la lucha de clases, que hemos señalado, con la insurgencia pujante de la clase obrera, se destaca el conductor más valioso del proletariado nacional en su período de formación: LUÍS EMILIO RECARBARREN SERRANO, «don Reca», como cariñosamente lo llamaban los trabajadores chilenos. Recabarren era miembro del Partido Demócrata y desde 1901 luchó en su seno porque éste tuviera una política independiente de carácter popular y que no se ligara al carro de las coaliciones con la clase terrateniente y burguesa. En 1902 fundó la «Mancomunal» de Tocopilla, nuevo tipo de organismo obrero. En efecto, en vista de que el movimiento mutualista no jugaba ningún papel en las luchas de la clase trabajadora (en 1906 existían 206 sociedades mutualistas y nada significaban en el movimiento obrero), Recabarren trabajó por la constitución de lo que llamara «mancomunales» que tenían más de sindicato de resistencia que de órgano mutualista. Junto a ese trabajo organizativo instala periódicos obreros («El Despertar de los Trabajadores»), que propugnan las ideas socialistas y defienden las reivindicaciones elementales del proletariado nacional.

El movimiento obrero naciente hace sentir su peso y el Gobierno se ve obligado a dictar algunas leyes sociales, destinadas a acallararlo. El 20 de febrero de 1906 la Ley de Habitaciones para obreros y el 29 de agosto de 1907 la Ley de Descanso Dominical Obligatorio, que nada remediaron.

El 18 de septiembre de 1909 se fundó la Federación Obrera de Chile, sobre bases mutualistas con finalidades de asistencia social, de mejoramiento económico y de perfeccionamiento cultural y moral. A pesar de su carácter mutualista la Foch constituyó la base del principal organismo sindical-revolucionario del proletariado chileno. En su primera Convención, realizada en Santiago en 1911, sufrió una transformación de importancia, al ingresar las mancomunales de Recabarren, con lo que se superó su conterido exclusivamente mutualista. En su segunda Convención, en 1917, es ya un poderoso instrumento del movimiento obrero que reclama una mayor participación en el usufructo de la enorme riqueza obtenida, a consecuencia de la guerra mundial. Prosiguiendo en su lucha incansable Recabarren, con clara visión de dirigente, echó las bases de un partido político popular independiente, el Partido Socialista Obrero, fundado en junio de 1912, aunque no adquiere volumen debido a la falta de madurez política de la clase obrera. De todas maneras es un antecedente interesante en la historia del movimiento obrero y que permite aquilatar el criterio certero de Recabarren y demás dirigentes, que ya planteaban la lucha sindical reivindicacionista inseparable de la acción política.

La figura de Recabarren se destaca inconfundiblemente como el guía de los trabajadores chilenos. Con razón don Ricardo Donoso expresa que el más caracterizado de los dirigentes populares «por sus perfiles verdaderamente apostólicos, y por la abnegación con que sirvió sus ideales, fué Luis Emilio Recabarren, tipógrafo de profesión, quien, trasladándose a la región salitrera, consagró todas sus energías al servicio de los intereses de

las clases trabajadoras» (1). La clase dominante gobierna sin mayores sobresaltos. En 1910 se conmemora el primer centenario de vida nacional independiente. Sube a la presidencia don Ramón Barros Luco, anciano de ochenta años, malicioso y socarrón, mediocre de inteligencia, sin idealismo ni talento, era solamente un macuco que compendia las características gobernantes de la aristocracia rural: absoluta falta de capacidad de estadista, macuquería en los procedimientos políticos, malicia en las relaciones personales, «ebrio de indolencia» como dijera Balmaceda del Presidente Pérez; duerme una permanente siesta «dejando hacer, dejando pasar». Para él los problemas se resuelven solos o no tienen solución. No cree en la acción orientadora, rectora y realizadora de los hombres. Es de aquellos ciudadanos muy comunes en nuestra patria, que «no son una amenaza para nadie» y cuando suben al gobierno no lo son «ni para los más rapaces», por lo que se les considera «buenas personas». De ahí que el país sea gobernado como un feudo en el que la minoritaria clase pudiente hace y deshace a su antojo.

En 1910, con motivo del Centenario, se lanzó la primera gran voz de alerta, honrada y valerosa, sobre la real situación del país, por el Dr. Julio Valdés Cange, seudónimo del educador Alejandro Venegas, en su notable libro: «SINCERIDAD. CHILE INTIMO EN 1910», en cuyas páginas ardientes pone en descubierto la política de explotación y provecho exclusivista llevada a cabo por la clase dominante. Demuestra que la evolución republicana ha alcanzado un nivel formal elevado, pero asentada en débiles bases, pues la miseria de las grandes masas y su despojo sistemático han sido las normas en el curso de ese primer siglo de vida «independiente». ¿A qué se ha debido tan lamentable actitud, según Valdés Cange?. A que «los que nos gobiernan, nacidos por lo común en la opulencia, educados lejos del pueblo, en establecimientos en que se rinde pleito homenaje a su fortuna

---

(1) «Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833».

y al nombre de su familia, dedicados después a la tarea no muy difícil de acrecentar su patrimonio con el sudor ajeno, han manejado la cosa pública en la misma forma y con los mismos fines que su propia hacienda, dictando las leyes para su propio y exclusivo provecho. Con este procedimiento han prosperado tanto, han ascendido a tal altura, que tienden las miradas a las clases inferiores y, no viendo más que los rasgos generales, la perspectiva engañosa, se creen en el mejor de los mundos y siguen resueltamente caminando hacia el abismo. Pero nosotros los que vivimos entre los de abajo, vemos todas las miserias, todos los vicios todas las angustias de este pueblo que se gloria de ser el más noble y viril de los nacidos en América».

Después de su crítica acerba y justa, Alejandro Venegas expresa con fervor la necesidad urgente de enmendar rumbos y volviendo los ojos al pueblo, los gobernantes deben democratizar efectivamente las instituciones. Sólo por ese medio se podrá poner término a la farsa que significa el Chile europeizado, con una ligera mano de barniz, después de cien años de vida republicana, y al contraste que existe entre la minoría lujosa y rica, de los magnates dueños de verdaderos dominios, mientras el pueblo, que es lo principal, permanece en un abandono deplorable; porque la verdad que «no a mucha distancia de los teatros, jardines y residencias señoriales, vive el pueblo, es decir las nueve décimas partes de la población de Chile, sumido en la más espantosa miseria económica, fisiológica y moral, degenerando rápidamente bajo el influjo del trabajo excesivo, la mala alimentación, la falta de hábitos de higiene, la ignorancia extrema y los vicios más groseros».

El valor moral ejemplar de Alejandro Venegas Valdés al trazar crudamente el dramático cuadro de la realidad social y política de Chile, índice de una personalidad nobilísima y avizora, es de una gravitación inmensa para las actuales generaciones y como una especie de legado que debemos responsablemente asumir y continuar hasta obtener la felicidad de nuestro pueblo.

Fué un crítico amargo, pero movido por una sed insaciable de justicia y, además, no se limitó solamente a la crítica, ya que esbozó un amplio programa de reformas (1).

---

(1) El historiador don Ricardo Donoso en su obra citada dice: «Un obscuro maestro de provincia, Alejandro Venegas, publicó con el título de «Sinceridad. Chile íntimo en 1910», un crudo análisis de los males que aquejaban al organismo político de la nación, los daños causados al país por el régimen del papel-moneda, el lamentable estado de los servicios públicos y las lacras de que padecía el organismo social. Conocía Venegas como nadie su patria, que había recorrido de un extremo a otro con afán de estudioso y corazón vibrante de patriota, con una valentía que hacía recordar la de Francisco Bilbao, hundió su escalpelo escrutador en el palpitante organismo de las clases sociales chilenas».

Las graves situaciones y problemas que afligían a la sociedad chilena habían repercutido hasta en el campo de la literatura. Baldomero Lillo en su bella y dramática colección de cuentos «SUB-TERRA» recoge en esos relatos dolorosos y reales las vidas miserables y angustiadas de los obreros del carbón. Es una obra de arte y un documento patético de las condiciones de vida de ese importante sector de la clase trabajadora. Luis Orrego Luco en «CASA GRANDE», aparecida en 1908, nos da el mejor documento para conocer las repercusiones sociales de la profunda transformación económica operada de la Revolución de 1891 hasta comienzo del siglo XX. Es una novela que refleja certeramente, desde el plano literario y psicológico, la decadencia de la vieja aristocracia reemplazada por la plutocracia del salitre e industria en ascenso.

Para conocer el criterio de un intelectual de la oligarquía frente al despertar y desarrollo del movimiento obrero, puede leerse la obra de don Benjamín Vicuña Subercaseaux: «El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y en Chile». Santiago 1908.

(Continuará).